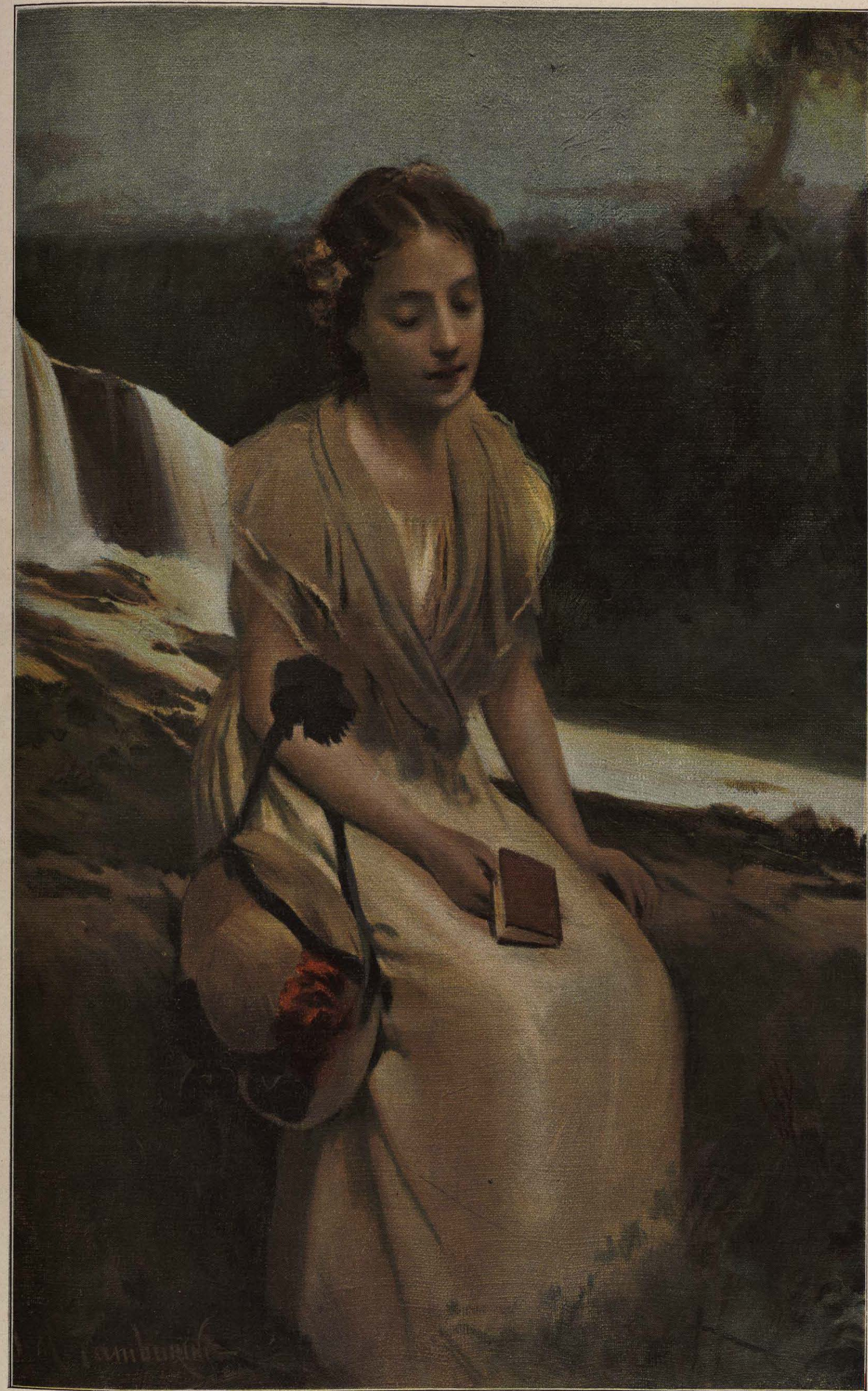




PROCESIÓN DE SEMANA SANTA EN UN PUEBLO DE LA COSTA — CATALUÑA.



Cuadro de José M. TAMBURINI.

Salón Robira, (Fernando VII, 59).

AMOR QUE SALVA

SATANÁS observó un día que en su reino se habían dulcificado mucho los réprobos y que Belial, su segundo jefe, descuidando el importante ramo de los tormentos, se entregaba más de lo conveniente á viajes secretos, de los que siempre volvía con mejor humor y menos actividad.

Belial iba á la tierra á pervertir á los humanos, como era su deber, ó se iba humanizando él?

Decididamente, urgía poner remedio á mal tan grave, y Satanás dedicó á buscar sustituto á su negligente secretario.

Necesitaba un auxiliar enérgico para su eterna obra de perdición y de crueldad; pero un auxiliar fiero y duro como él, como él insensible al bien, sordo á las humanas quejas, ciego para la belleza, soberbio con los grandes, cruel con los débiles, ajeno siempre á toda virtud, sin enmienda ni arrepentimiento posibles.

En el lindo pueblo de X halló Satanás á su hombre.

Allí, en aquella tierra linda, limpia y alegre como ninguna, encontró el diablo donde escoger.

Entre los mozos del pueblo, honrados y trabajadores, habíalos también perversos hasta lo inconcebible.

Decíase de alguno que, impaciente por disfrutar los bienes de su padre, asesinó alevosamente en el tranquilo hogar; á otro, señalábase la opinión pública como verdugo de inocentes criaturas estranguladas por sus traidoras manos; aquél, era tildado de corruptor incorregible de ternas muchachas; tal cual, huésped abonado á cárceles y presidios, era sin embargo reputado entre aquella calaña como tímido novato en tan brillante carrera, y entre todos ellos, como su jefe indiscutible, al que propios merecimientos y ajenos aplausos habíanle concedido tan suprema distinción, descollaba el bravo Rogerio, criminal empedernido, mozo cruellísimo y feroz, que desde sus primeros años mostró sus sanguinarios instintos, maltratando animales, saqueando tumbas, asesinando mujeres y niños y que más tarde, educado entre la *taifa*, fué el espanto y terror de la comarca por sus singulares é inauditos crímenes.

A él dirigióse Satanás, seguro de su elección y orgulloso de su futuro colaborador.

Pocas pero expresivas palabras bastaron entre ambos; ambición, soberbia, crueldad implacable, eterno odio á Dios y á la humanidad y guerra á la virtud. Tales eran los servicios que prestaría el nuevo secretario, á cambio de tener bajo su yugo á todos los condenados. Satanás, por su parte, contaba de antemano con el alma de Rogerio.

—Mira, Rogerio, ó tú ó yo nos hemos equivocado. Allá en el mundo te creí malo; hoy sospecho que me engañas. Tus crueldades son pasajeras, tus castigos leves, tus odios platónicos; entre Belial y tú hay mucha diferencia: mientras él rabia y maldice, tú ríes y sueñas; él castiga sin piedad, tú acusas sin rencor; él odia á los humanos, tú te acuerdas demasiado de la tierra. ¿Qué te ocurre? ¿Estás arrepentido de tu nuevo cargo?

—No, mil veces no. Quisiera tener entre mis manos la vida entera de la humanidad para ahogarla en sangre de inocentes; si yo pudiera, borraría del corazón de la madre hasta el amor á sus hijos, y de la mente de Dios hasta la idea de la justicia. No, no es lo que tú supones... Mira; hay en aquel rincón del mundo donde me encontraste, una mujer rubia como la miés en Agosto, blanca como la nieve que cubre los picos de la sierra, como el copo antes de posarse en el fango de la calle, inocente y pura como el sueño del hijo en el regazo de su madre, que desde niño fué mi único temor; de hombre, mi solo consuelo: cuando todos me despreciaban, ella me sonreía, y, al acariciarla yo, temblaba de gozo entre mis brazos, como los pétalos de la rosa que el viento agita...

—¡Basta! —rugió Satanás.— ¡Estás enamorado de esa mujer! ¿No es cierto?

—Oh, sí, enamorado, loco; nada hay que pueda borrar de mí su dulce recuerdo.

—Pues bien; vete, imbecil, vete; no me sirves aquí. Yo soy todo odio, sombra, pecado brutal, irredimible, y el amor es luz, esperanza, redención; no, no me sirves, huye de aquí; estás enamorado, tú te salvarás algún día y yo no puedo admitir aquí más que incrédulos y desesperados.

RAMIRO SIERRA

¡POR SU MADRE!

EN una buhardilla casi desprovista de muebles y sobre un camastro que medio cubría miserable colcha de indefinible color, veíase una mujer en cuyas facciones, estropeadas por larga y penosa enfermedad, aún se divisaban restos de pasada belleza. La enferma podría tener unos cuarenta y cinco años de edad, y hacía ya un mes que se hallaba postrada en el lecho sufriendo un reuma articular, muy agudo, al que prestaban escaso alivio los medicamentos prescritos por el doctor.

Para su curación, era de todo punto indispensable tomar ciertas aguas minerales; pero los recursos estaban completamente agotados; todo se había vendido ó empeñado para sufragar los gastos que la enfermedad ocasionaba, y la infeliz mujer veía que sus fuerzas iban disminuyendo y los sufrimientos aumentando.

Junto á la cama de la enferma trabajaba con afán, sin dar paz á las manos, que se ocupaban en confeccionar flores de trapo, una joven de hermoso y pálido rostro en el que se veían dos surcos que las lágrimas habían marcado.

—¿No descansas, hija mía?—preguntó la paciente á la obrera.—Te estás matando con tan continuado trabajo; suspende tu faena, te lo ruego.

—Ya concluyo, madre querida; es cuestión de un momento y, á mi regreso de la tienda, traeré esa nueva medicina que te ha de mejorar.

—Hija de mi alma!...—murmuró la enferma, mientras que se enjugaba los ojos que el llanto humedecía.—¡Qué abnegación la suya! ¡Es un ángel! ¡Dios la bendiga!

—Ya terminé mi tarea, voy á entregarla, y antes de media hora estaré de vuelta: ¿necesitas algo, mamá?—dijo la joven disponiéndose á salir.

—No, hija mía; vete tranquila.

Cambiaron un beso la madre y la hija, marchándose la segunda á entregar su obra.

Cuando regresó María, encontró á su madre presa de un fuerte ataque. La pícara enfermedad no cedía ante ninguna medicación.

—¡Qué martirio, Dios mío!—exclamaba aquella buena hija.—¡Es horrible ver sufrir á una madre y saber que, lo que la salvaría, no se halla á nuestro alcance! ¡Cuánto no daría yo por ser dueña de la suma necesaria para que la que me llevó en sus entrañas recobrase la salud!

Acercóse la joven á la enferma y la dió una cucharada del medicamento que había traído. En este momento, llamaron á la puerta. Salió María y volvió acompañada de un hombre de bastante edad, pero bien conservado. Era el dueño de la casa, que ocupaba el cuarto principal.

—¿Cómo se encuentra usted, señora?—preguntó á la paciente.

—Muy mal—respondió la interpelada.—Acabo de sufrir otro ataque.

—¡Vaya por Dios! No hay más que tener resignación y confiar en la Providencia. Los males del cuerpo son beneficiosos para el alma, si los soportamos con valor.

—¡Ay!...—suspiró la enferma, que añadió, dirigiéndose á su hija.—Da una silla á don Atanasio.

—No, gracias; tengo algunas cosas urgentes que hacer y me es imposible detenerme; no he subido más que para enterarme de la salud de usted.

—Es usted muy bueno—expresó la madre de María.

—¡Si supieras á lo que viene!...—dijose ésta mentalmente.

—Hasta luego, pues—añadió el casero.

—Vaya usted con Dios, don Atanasio; acompañañale, hija mía.

Obedeció la joven y, cuando llegaron á la puerta, volvióse el propietario de la finca, diciendo á la obrera:

—Ya lo ve usted; su mamá se muere, conoce usted el remedio que la salvaría y se lo niega.

—¿Y á qué precio lograré su vida?—murmuró la infeliz muchacha.

—Una hija debe sacrificarse por su madre—profriró don Atanasio,—y si usted quiere irá á los baños...

—¡Sí, irá con lo que produzca la venta de mi honra!—exclamó llorando María.

—Si prefiere usted su muerte...—insistió el viejo libertino.

—¡No!... ¡Quiero que viva! Es lo único que me resta en el mundo, adoro á mi madre y estoy pronta al sacrificio—prorrumpió la muchacha.

—Entonces...—balbuceó aquel infame.

—Traiga usted el dinero que juzgue necesario, el indispensable únicamente, no quiero un céntimo más, y dispóngase para recibir la mercancía que ha comprado. Voy un momento á la calle, subo en seguida y aquí le espero—expresó rápidamente María bajando con precipitación la escalera.

Don Atanasio fué á su casa, tomó un billete de quinientas pesetas, subió de nuevo, colocóse junto á la puerta, y allí, con los ojos chispeantes y una sonrisa de *sátiro*, esperó la presa que tanto codiciaba.

No tardó ésta en llegar.

—¿Tiene usted ahí eso?—preguntó María.

—Aquí está—respondió el aludido presentando el billete de banco.

—Démelo que voy á guardarlo, é inmediatamente se cumplirán las condiciones de nuestro contrato. ¡Espere!

Entró María llevando en su mano el dinero y don Atanasio esperó. Un instante después, se oyó un gemido, y la voz de María que, algo insegura, dijo:

—Puede usted venir cuando guste.

Apresuróse el innoble anciano y, cuando pisó el umbral de la puerta, retrocedió espantado.

En el centro del departamento, estaba María con los brazos cruzados; pero no la encantadora María de antes, sino otra cuyo semblante veíase desfigurado por profundas cicatrices. ¡Se había quemado el rostro con vitriolo!...

—¿No viene usted por su presa?—manifestó la heroica joven dominando los atroces dolores que debía sufrir.—¡Aquí la tiene usted... es suya!

—¡Horror!...—balbuceó don Atanasio, y como un loco se precipitó por la escalera.

—¡Ya tengo tu salud, madre mía!—dijo la valiente María cuando se vió sola.—El remedio cuesta algo caro, mas no importa: ¡He perdido mi hermosura, pero he ganado una madre!

F. DE TORRES Y GIBBERT



CUANTOS tenían en alguna estima el esplendor de nuestro teatro nacional, lamentan sinceramente la pérdida de este insigne actor, último de aquella gloriosa pléyade que tanto contribuyó á enaltecerlo y que en la actualidad hemos de considerar irremplazable.

Dotado de singular talento y de una intuición dramática de primera fuerza, fué á no dudar el que durante el postrer tercio del pasado siglo poseyó en mayor grado el don de entusiasmar al público, conmoviéndole con la energía de su fascinadora dicción y subyugándole, en bien estudiados momentos, con los geniales arraiques á que se prestaba su arrogante figura.

Muchos de los autores que han conquistado alta reputación, le deben gran parte del éxito de sus obras, pues en el estreno de ellas sabía dar extraordinario realce á las bellezas y sortear con habilidad suma los escollos, que pasaban desapercibidos, para el espectador.

Entrado ya en el período decadente, casi agotadas sus facultades por largos años de asiduo trabajo, más honroso que productivo, la lucha por la existencia le obligó, bien á pesar suyo, á abandonar su patria y trasladarse al continente americano, con la esperanza acaso de realizar un pequeño capital que asegurara su vejez;... y allacaba de pagar el común tributo á la tierra, llorado por sus compañeros de expedición y dejando á su amante familia sin el consuelo de rezar sobre su tumba.

¡Descanse en paz el ilustre artista, tan poco afortunado en vida como en muerte!

† ANTONIO VICO; EMINENTE ACTOR ESPAÑOL.